



## IDENTIDAD Y CULTURA

Fecha de recepción: 27-02-04  
Fecha de aceptación: 03-05-04

MORELBA ROJAS DE ROJAS  
rmorelba@hotmail.com  
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
NÚCLEO UNIVERSITARIO DEL TÁCHIRA

### Resumen

La definición de identidad en el ser humano se refleja en la solución de problemas y en el afrontar retos de manera clara y precisa. Así, cuando la identidad está definida se hace posible lograr nexos de identificación con otros (individuos, grupos, instituciones). En el plano profesional las actitudes, intereses, capacidades, metas y logros caracterizan esta identificación. Si el docente no tiene conciencia clara de su identidad no logra identificación con su profesión y le es difícil llegar hasta sus alumnos y formarles sentimientos de pertenencia y de arraigo hacia lo propio. Entonces no se estaría cumpliendo ninguna misión formativa que sólo puede asegurarse desde la intervención escolar.

**Palabras clave:** identidad, cultura, identidad cultural, educación, autoestima

### Abstract

#### IDENTITY AND CULTURE

*The definition of identity in a human being is expressed in problem solving and facing challenges in a clear and precise way. This way, when identity is defined it is possible to establish identification bonds with others (individuals, groups, institutions). From a professional point of view, attitudes, interests, capabilities, goals and achievements characterize this identification. If the teacher has no clear conscience of his/her identity, cannot identify with his/her profession, and it is hard to reach the students and develop feelings of belonging and take root towards their own. In this case, there would be no formative mission that would only be assured with the intervention of the school.*

**Key words:** identity, culture, cultural identity, education, self-esteem

*¿Qué somos que no somos indios,  
no somos europeos? Quiénes somos?*  
Bolívar



El concepto de identidad se presenta como una explicación de lo interno y su enlace con el contexto; se hace evidente entonces, que desde el principio de la vida existe una intrincada relación entre el desarrollo interno y el medio ambiente, es decir, existe una caracterización del

*acoplamiento de la capacidad del individuo para relacionarse con un espacio vital cada vez mayor de personas e instituciones por una parte y, por la otra, la participación de estas personas e instituciones para hacerle partícipe de una preocupación cultural presente:* (Erikson, 1974:61).

Es por esta razón que, *“la identidad se entiende en una dimensión antropológica por estar enmarcada en la atmósfera cultural del medio social global y en una dimensión sociológica por tratarse de una construcción que emerge de las relaciones entre individuos y grupo...”* (Etking, y Schvarstein, 1992:26).

La identidad se desarrolla dentro de pautas culturales e históricas, tradicionales o no, dentro de dinámicas de conflicto, con un período evolutivo propio y con un pasado y un futuro, con un conjunto de significaciones y representaciones que son relativamente permanentes. Es decir, la identidad no es fija ni estática, *“cambia, se transforma, guardando siempre un núcleo fundamental que permite el reconocimiento de sí mismo colectivo y del yo en nosotros”*. (Montero, 1987:77). Está entre lo individual y lo social y no se puede separar individuo de grupo; no se puede hablar de cambio o progreso individual sin hablar de cambio social y es por ello que las crisis de identidad individual y las crisis en el desarrollo histórico generalmente están unidas y contribuyen a explicarse mutuamente.

Así pues, el proceso de formación de la identidad se origina tanto interiormente como por fuerzas externas que cambian según cambie la sociedad y las instituciones insertas en ella. Como explica Klapp (1973), en las sociedades modernas se presenta un problema de identidad porque se posee mucha información (impresa y telecomunicada), y en toda esa información hay muy poco que pueda llamarse *“mío”* o *“nuestro”*. Se hace deficiente la relación de carácter

personal con el *“nosotros”*. Los conocimientos son informativos y no identificativos y por lo tanto no propician cohesión grupal. *“Los conocimientos objetivos son neutrales, no toman en cuenta las personas ni tampoco los sentimientos, tienen un contenido más bien concreto que poético. Lo contrario ocurre con los conocimientos identificativos, estos sí crean un sentimiento de cohesión, meten a la persona dentro del contenido”* (ídem: 27), aunque el contenido no esté siempre referido a aspectos positivos.

Así también, la identidad tiene que ver más con lo descriptivo que con lo prescriptivo. *“El concepto de identidad nos lleva a comprender cualitativamente diferente y con profundidad”* (Etking y Schvarstein, 1992) su formación en una realidad. Y para identificarse hay que comunicarse, transmitir mensajes y hacerse identificar por determinados conjuntos sociales, porque el fin último *“... de la noción de identidad es diferenciar”* (Costa, 1993). Se puede decir que identidad es un dilema entre la singularidad de uno(a) mismo(a) y la similitud con los otros.

La identidad puede expresarse como el propio ser, el ente, lo que es, lo que existe más su entidad, su esencia, forma y valor. Bajo este marco, podrá afirmarse:

**Identidad es la expresión de un conjunto de rasgos particulares que diferencian a un ser de todos los demás.**

Costa (1993:16) añade *“La idea de identidad supone la idea de verdad, de autenticidad, puesto que identidad significa, sobre todo idéntico a sí mismo”*.

**Identidad: ente + entidad = sí mismo**

Así, el ser humano posee características que lo identifican y lo hacen diferente al resto de los seres vivientes y, más aún, son características que lo hacen diferente individualmente, es decir, proveen al ser humano de una identidad física, psíquica, social y moral. Además, de ser poseedor de una *identidad cultural*. Esto quiere decir que la identidad es un constructo inherente al contexto sociohistórico. Es la única especie que la posee y que la manifiesta en la posibilidad que tiene el hombre de poder y saber adaptarse a un medio ambiente determinado, a la vez que es capaz de poder adaptar el medio a sus necesidades; lo que significa modificar profunda y significativamente su identidad. Así tenemos que en su evolución cultural el hombre conformó ciudades y configuró una organización propia manifiesta en la defensa mutua de sus bienes y de sus personas. Nace así la *identidad cultural*, dando por sentado el bien común como un todo solidario.

Identidad es en su génesis el mismo ser, *“la salvaguarda de la unidad de la ‘mismidad diferente’, en medio de los inevitables cambios biográficos o socioculturales...”* (Janner y Colom, 1995: 100). Para G.

H. Mead (1982) el “yo mismo” y su interacción con “los otros significativos” (ídem: 103). Según Berger y Luckman (1972), un “sí mismo” que a base de representar lo que “los otros” desean es semejante a los demás en una “identidad compartida, subjetivamente coherente” (ídem). Para Iñiguez (2001:209), identidad en el contexto social es tanto “... una identificación con quienes nos rodean como una diferenciación estricta respecto de ellos y ellas”.

En Bouché, H. et al. (1998) encontramos definiciones de Raveau (1987) y Jordán-Etxeberria (1995) quienes expresan la identidad cultural como el ser con vivencias y experiencias con pertenencia colectiva, relativas a un pasado histórico de tipo afectivo y operacional, en función de un futuro común, bien sea factible o utópico que provea una forma de estar en un mundo uniforme y a la vez diferenciado.

Según algunas opiniones, ese sentimiento de unidad, cohesión e integración se puede observar como expresión de logros, fruto de ideales comunes. Así mismo, cuando se pierde el vínculo de identidad sobrevienen la desintegración y el rompimiento de la unidad.

La primera forma de identidad que practicaron los pueblos primitivos fue la identidad totémica. El tótem era el ente genésico, daba origen al bien o al mal y no se seleccionaba al azar, sino que era producto de lo significativo e importante en la vida del grupo.

Luego, la vida sedentaria obligó al hombre a desarrollar técnicas para producir sus propios artículos de consumo y no depender solamente de lo que el medio ambiente le ofrecía. De cazador y recolector pasó a agricultor y ganadero, rompe con los ecosistemas naturales para dar paso a los ecosistemas culturales. Se crearon las ciudades y el tótem es sustituido por sistemas religiosos que los hacía además de miembros de una misma comunidad, partícipes de un destino común, solidarios al compartir creencias colectivas.

Con el correr de los tiempos, se sustituye la identidad religiosa de los pueblos por la identidad por la razón, para analizar y comprender su entorno, surgen las primeras escuelas filosóficas identificativas del pensamiento griego, el cual se caracteriza por su carácter científico y organización sistemática que lo diferencian de lo fantástico de las creencias anteriores. El pueblo romano se caracterizó por su pasión por organizar y legislar, el aporte jurídico fue su gran legado a la humanidad.

En la Edad Media, el cristianismo toma lugar predominante y estampa su sello de identidad a los pueblos de occidente que venían de la caída del imperio romano, el poder del emperador fue asumido por el papa. En los pueblos árabes, se impone el Islam, y luego conquista España y la domina ocho siglos. Lo religioso, lo social y lo político

(feudalismo) aportaron su cuota en la identificación cultural de los pueblos, que a su vez también formó parte de la identidad cultural latinoamericana y, por lo tanto, de la venezolana.

Todos estos cambios ideológicos y axiológicos producidos en la Edad Media han sido históricamente cambios producto de factores externos, causando incompatibilidades debido a que conflictuaron las pautas ya existentes.

*Algunas innovaciones son sustitutivas y no aditivas, y éstas son menos fáciles de aceptar [porque] es más fácil aceptar innovaciones que pueden sumarse a la cultura dada sin exigir el abandono inmediato de alguna, o algunas, de sus características... cuando el cambio es impuesto, no se comprende, o se considera una amenaza para los valores del pueblo.* (Bouché, H. et al, 1998: 192-193) .

Este es el caso de los pueblos latinoamericanos quienes perdieron gran parte de su identidad. Al ser “descubiertos”, fueron obligados a asumir la identidad del colonizador. En este proceso, que nunca fue homogéneo, mezclaron su identidad con la europea, lo que dio origen a una nueva identidad cultural, propia de los pueblos colonizados, en la que el equilibrio social y la convivencia fraterna que ellos habían conformado cambiaron su historia y se volvieron en contra del “sentido de continuidad y de permanencia creadora...”. Briceño-Irragorry. (1992). Como lo afirma Darcy Ribeiro (1997), en culturas como la azteca en México y la inca en Perú, la solidez, fortaleza y definición de la identidad cultural de sus aborígenes era tan firme que con la cultura española se produjo una síntesis que integró ambas identidades. Sin embargo, en nuestro pueblo venezolano prehispánico por ser menos numeroso y menos desarrollado técnica y culturalmente, la cultura española predominó. Se hace presente la cultura africana, pero la integración se vio obstaculizada por la organización clasista (castas) del colonizador europeo; se establecieron barreras en la comunicación entre las distintas identidades culturales lo que dificultó su integración cultural. Tan fuerte ha sido tratar de integrar una identidad propia para nuestro pueblo que existen opiniones muy severas que relatan la historia de por qué esta meta no se ha alcanzado. La de Manuel Barroso es una de ellas:

*El español llegó conquistador, en nombre del Rey y de la Fe, apoderándose de todo lo que él suponía no tenía dueño y, por tanto, era del*

*Rey... en nombre del rey y de la religión se saqueó, se quemó, se maltrató y abandonó lo poco que él mismo había instalado. ... El español venía sin esposa y sin hijos...buscaba el oro, la aventura, el título real...El indio también era abandonante... el negro apareció desarraigado también de su espacio y de sus raíces. Y lo convirtieron en un producto para la venta y la crueldad...Y se formó una sociedad de muchas clases y colores donde las diferencias se manejaban a través del poder... el poder favorecía a pocos... aparecieron los patriotas, los que luchaban con sus vidas para mantener una ideología. (Barroso, 1997: 33-34).*

Otra opinión, quizás expresada menos duramente pero con igual carga de contenido crítico, es la de Tulio Hernández:

*La nuestra [cultura] ha sido resultado de una secuencia de negaciones –la de lo indígena por lo europeo, lo europeo por lo criollo–..., en donde un solo tema, el de la gesta independentista ha operado como escena que debilita y empobrece a las demás. (Hernández, 2000, p. H3).*

Por su parte, Mario Briceño-Iragorri opina:

*Pues bien, ayer nosotros y los demás países de la América española sufrimos, durante la minoridad colonial, el ataque alevé de las potencias enemigas de la metrópoli. El corsario, como ya he dicho insistentemente, fue el instrumento eficaz de que aquéllas se valieron para destruir los asentamientos hispánicos... (Briceño, 1992: 70).*

Francisco Herrera Luque (1979), en su obra “Viajeros de Indias” realiza un análisis del proceso colonizador en Venezuela y llega a la conclusión de que la identidad del venezolano es patológica, al arrastrar la “*indeseabilidad biológica y psicológica*” de nuestros conquistadores.

Arnaldo Esté (1995) en su libro “Educación para la Dignidad”, expresa que en la conquista española el

*exterminio físico compitió con el genocidio cultural, levemente atemperado por prédicas y luchas de gente como Bartolomé de Las Casas, que trataron de lograr unas vías de conquista y*

*colonización que, a la vez que más humanas, fueran más productivas para la corona. (81)*

Carmel Camilleri (1985), en su libro “*Antropología cultural y educación*” considera que los países de América Latina, entre ellos Venezuela, por supuesto, representan un caso *bien delimitable*, ya que desde

*hace siglos se ha enraizado definitivamente una colonización europea. Los antiguos, autóctonos indios ocupan siempre una posición periférica, más marginal todavía que la de los descendientes de los millones de esclavos negros que fueron importados para satisfacer las necesidades de las poblaciones dominantes. Estos impusieron su propia cultura al mismo tiempo que intentaron una radical deculturación de los no blancos (103).*

Sin embargo existen opiniones críticas con una doble visión, como la de José Luis Villegas que en su libro “*América y el V centenario*”, dice:

*...en la misma noción histórica de toda conquista está implícita la violencia; es una acción que supone un pueblo que domina y somete a otro por la fuerza... La conquista española no escapa a las leyes de hierro de toda civilización que se expande; fue un acto de violencia, que arrasó las culturas precolombinas, detuvo su proceso cultural y trajo sufrimientos e injusticias cuyas exactas proporciones apenas podemos imaginar. Pero así como no hay que ocultar estos hechos, tampoco hay que ignorar que un importante sector de la potencia dominadora –pensadores y hombres ilustrados, y algunos de los mismos de la empresa conquistadora – debatieron ardorosamente el derecho que tenía España sobre América y cuestionaron sus bases morales. (12).*

En la misma posición, Arturo Uslar Pietri reconoce que: lo difícil de

*lo que pasó en América... es la complejidad del alma humana y de los hechos, y por eso es importante conocerlo y estudiarlo. No podemos absolverlo y terminar la preocupación, declarando simplemente que todo aquello fue un crimen, o declarando llanamente que todo aquello fue una época paradisíaca de perfección*



y bondad. Hubo grandes conflictos y grandes contradicciones, y en ese yunque del conflicto se formó el alma hispanoamericana. Ese período formativo tiene ese interés para nosotros. (Uslar, 1992: 23).

Por lo que Arreaza Camero (1996:25) opina:

*A partir de ese momento [1492] hasta el presente, ha habido al menos dos contradictorias interpretaciones de este hecho histórico: por una parte, la perspectiva que presenta la conquista española como un proceso positivo en la culturización y cristianización traída por Europa al ‘salvaje’ Nuevo Mundo; mientras, por otra parte, existe la posición crítica que explica este proceso como un acto colonial e imperial de genocidio y destrucción cultural de las antiguas culturas autóctonas de las Américas por parte de la ‘civilización’ europea.*

Siguiendo el devenir histórico, el proceso de conformar la identidad nacional (como clase de la identidad cultural) no terminó y, tres siglos después, el imperio español se tambalea al establecerse un nuevo régimen, lo que debilita el poder de las colonias. Venezuela no escapa a estos acontecimientos, produciéndose hechos como los del 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811 (piedra de fundación de la patria venezolana) cuando la Capitanía General de Venezuela se declara *República soberana, libre e independiente*.

Así, nuestra elemental identidad nacional pasó a lucir galas libertadoras, al ser cuna de grandes emancipadores republicanos (Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Antonio José de Sucre), y grandes intelectuales y pedagogos como Simón Rodríguez, expresión de una sociedad, formados dentro de unas costumbres, tradiciones y valores que eran los de la mayoría culta del país en ese tiempo. Sin embargo, gracias a las batallas libradas por la libertad, intentando lo imposible y arriesgándolo todo para alcanzar aquel único bien de la Independencia, la población se vio mermada notablemente y nuestros artesanos, ganaderos, agricultores y comerciantes se encontraban en cualquier parte como sobrevivientes de guerra. Lo económico y lo social frustró la vida nacional; luego, las revoluciones posteriores, la guerra federal y los golpes militares, propios de la Venezuela del siglo XIX nos dejaron con una identidad *perdida*.

El mandato dictatorial de Juan Vicente Gómez termina con su muerte en 1935 y se inicia la contemporaneidad en nuestro país. El petróleo marca la monoproducción nacional,

de lo cual Manuel Barroso (1997: 39) dice: “*El petróleo distorsionó nuestra identidad y nos hizo pasar de ser un pueblo agrícola y rural sencillo, a ser un recipiente cómodo de sus bondades*”. La población agrícola se trasladó a las ciudades a compartir el anonimato de su gente, el estrés, las presiones grupales, la ciencia y la tecnología como nuevo contenido de la cotidianidad y a pertenecer a la “aldea global”; se dio una mayor movilidad en las capas intermedias de la sociedad, y se produjo un “*proceso de transculturación iniciado por las clases dominantes, quienes buscaron sus propios intereses económicos, sociales y políticos en detrimento de la cultura popular nacional*” (Arreaza, 1996:52). Todo esto, sin tener un sólido basamento que sostuviese una identidad propia del venezolano, lo que se refleja en la escasa vocación hacia la comunidad.

La llamada cultura del petróleo dio origen a cambios bien importantes en la vida del venezolano, dando lugar a la mezcla de elementos culturales españoles, indígenas, africanos aunados ahora a elementos culturales estadounidenses y europeos.

Los factores que inciden en la formación de la identidad de nuestro pueblo son muchos y muy variados, pero lo primordial no es juzgar a nuestros antepasados (indígenas, españoles, negros), es encontrar nuestra historia, tener acceso a su continuidad para tener un acervo histórico que nos deje entender quiénes fuimos, quiénes somos y con conciencia decidir quiénes queremos ser, asumir retos basados en una estructura definitiva, en un sistema deliberado



y racional que oriente nuestra conducta social y nos permita dar respuesta al mundo diferente y cambiante que enfrentamos cada día conservando y manteniendo las líneas básicas de nuestra identidad. La idea no es fabricar una historia a la medida de nuestros deseos o necesidades actuales en detrimento de los eventos o personajes que van en contra de nuestra ideología, es decir, en contra del sentido de nacionalidad. Así como en el presente existe la necesidad de anteponer la solidaridad ante las diferencias, con el pasado debemos mantener una actitud de conservación, mantenerla para darle la continuidad que nuestra historia necesita, porque sin conciencia histórica no podemos distinguir aquello que amenace los intereses del colectivo, al respecto, Mario Briceño-Iragorry (1992: 45) expone: *“cada hecho antiguo tiene su oportuna valorización en el presente. Lo viejo se deshumaniza y prosigue como símbolo en lo que tenga de positivo”*. Y, así mismo,

*toda colectividad nacional, del mismo modo como tiene escudo y bandera que la representen, necesita signos morales que le den perfil en el orden universal de la cultura. Tales signos sólo pueden formarse con los elementos que forjan la Historia a través de una comunidad de gloria y de dolor (ídem: 70).*

Como los venezolanos no asimilamos la historia, carecemos de vivencias nacionales y buscamos esas vivencias en lo foráneo, lo que termina traducándose en crisis económica y crisis educativa, cuando copiamos los modelos empleados por otros países y que, sólo por eso, son mejores. Manuel Barroso alude a esta condición que él llama “copismo” y plantea que: *“La necesidad de copiarse implica negación de la propia identidad, de sí mismo y de sus contextos... un seguir repitiendo conductas y respuestas ajenas, sin lograr despegar con modelos propios”*. (1997, 108). Lo peor que puede pasar es que se pierda el sentido de identidad por desconocimiento de la historia.

La idea es no desvincularnos del pasado ni en lo étnico, ni en lo social ni en lo político para poder permanecer como *nación*, como *pueblo* con un denominador histórico común que nos permita aglutinar todos nuestros contenidos espirituales. Aquí es oportuno citar a Olavarría (2000: H/6) cuando dice:

*La fusión cultural hispanoamericana no ha terminado de producir sus frutos, de dibujar su perfil, de desarrollar sus potencialidades. En sus enigmas está el enigma de la historia. Y en la medida en la cual descifremos este enigma, llegaremos a conocernos y comprendernos mejor y encontrar nuestro camino.*

Así mismo dice Paz: *“Una sociedad se define no sólo por su actitud ante el futuro, sino frente al pasado: sus recuerdos no son menos reveladores que sus proyectos...”* (2000, H/6),

Y Rojas opina: *“... la mayoría de los venezolanos desconocemos los derechos históricos y jurídicos... tal desconocimiento conlleva falta de interés y ausencia de motivación en la conciencia colectiva, estados de ánimo por demás negativos...”* (1983:5)

Nuestro pueblo debe adquirir plena conciencia de su historia, para conocer y entender mejor sus conflictos, sus crisis y sus carencias que configuran su perfil cultural y así comprender sus antecedentes y poder dar pasos certeros hacia un desarrollo cultural que remedie el innegable atraso que poseemos para dirigirnos con clara visión hacia la globalidad cultural. Arturo Uslar Pietri en su libro *“Medio Milenio de Venezuela”* (1992) afirma:

*Si carecemos de una visión del pasado, suficiente para mirar nuestro ser nacional en toda su compleja extensión y hechura, carecemos de historia en los dos sentidos, de historia como explicación del pasado y de historia como empresa de creación del futuro en el presente.*

*Vista así, la historia nos resulta la más completa empresa del rescate de la personalidad nacional. Una empresa para la que ciertamente necesitamos despertar a los muertos, pero también desvelar a los vivos para que puedan participar a plenitud en la continuidad creadora del hacer histórico. (489).*

*La tarea del presente es la conquista y posesión útil de todo nuestro territorio y sus recursos, pero para ellos necesitamos rescatar primero toda nuestra alma y su herencia cultural ... es decir, su cultura, su espíritu, sus valores, sus motivaciones, sus conceptos, sus creencias, sus posibilidades creadoras... (490)*

Algo no objeto de duda alguna es que el factor cultural es fundamental para determinar el comportamiento del hombre frente a la sociedad, frente a sí mismo y frente a su futuro y, no es nada fácil modificarlo. Aunque Erikson (en Sárkány, M: 1992) señala que en el transcurso de la vida se pueden producir cambios de identidad y que el proceso de socialización no sólo se centra en las etapas infantiles. Ejemplo de ello cuando existe la influencia extranjera (EEUU, Francia, España, México...) en nuestra cultura, una inmensa mayoría (de todas las edades) está recibiendo consciente o inconscientemente una conformación

norteamericana, francesa, española, entre otras, en el campo de la vida ordinaria, usos, actitudes; la influencia que se manifiesta en las preferencias en materia de revistas (Life, Hola, Buen Hogar, Tú); en materia de vestidos, cigarrillos, bebidas, deportes, alimentos, decoración, vivienda, entre otros, siguen siendo modelo y la gente tiende a obrar y presentarse como “enseña” la televisión. En el lenguaje las expresiones son innumerables *okey, papel toillet, super, extra, full, cool, nice, etc.*, el cine, que es casi el único espectáculo popular, es predominantemente de Estados Unidos. En este aspecto es necesario hacer un aparte y decir que el cine venezolano, aunque no como tendencia general, ha realizado intentos de originar un proceso en la búsqueda de la identidad cultural (iniciado en los años cuarenta), en la investigación social y el análisis de las realidades para definir la identidad nacional redefiniendo lo “mestizo”, es decir, donde la mayoría de la población no puede describirse ni como europea blanca pura, ni negra africana pura ni descendientes puros de la población autóctona. Bajo esta óptica se realizó la película *Cubagua*, la cual representa una reinterpretación particular de la historia de Venezuela y la cuenta como la historia de un ‘país sin memoria’.

Venezuela necesita reflexionar sobre su propia historia, y en este proceso, abandonar el patrón de dependencia histórica y colonialismo que ha seguido siempre, lo que significa a su vez dependencia cultural producto de la transculturación gracias a los *beneficios de la industria petrolera*, que permitió (como crisis social contemporánea) el consumismo transnacional y no permitió el desarrollo de una verdadera identidad nacional. Emperatriz Arreaza en su libro *Redescubriendo el Descubrimiento* (1996), plantea que Venezuela, donde la mayoría de su población es mestiza (racial y culturalmente), necesita redefinir su identidad nacional reconociendo sus raíces indígenas pero, aún más importante, apreciando de manera concreta y efectiva la actual población indígena como ciudadanos venezolanos con cada uno de sus deberes y derechos humanos y civiles. En torno a esta situación, Carmen Aranguren (1997) expresa que las clases dirigentes del país han utilizado la historia para ocultar la veracidad de la realidad social. “*Muchas veces bajo formas de omisión, reducción, recargo, deformación, desorganización, manipulación y otras desorientaciones de los contenidos académicos*” pretendiendo que los estudiantes acepten dichos contenidos acríticamente y como algo ajeno a su realidad social.

En la Venezuela de hoy, La Constitución promulgada (Diciembre 1999) contempla en el Capítulo De los Derechos de los Pueblos Indígenas artículos número 119 al 126, el reconocimiento de estos como pueblo, su organización (política, religiosa, social, etc.), el respeto a sus costumbres y tradiciones así como a su espacio físico-geográfico. Se

reconoce también su derecho a la participación política en lo nacional y en los cuerpos deliberantes de las entidades federales y locales. Así mismo, nuestros indígenas tienen el deber de salvaguardar la integridad y soberanía nacional.

Es otra visión de nuestros antepasados indígenas, como seres humanos presentes entre nosotros y no como la representación en un conjunto de artesanías (arcos, flechas, vasijas de barro). Debemos comenzar a redefinir nuestra identidad como pueblo multicultural de la nueva era de nacionalismo y dentro de un nuevo orden mundial en el proceso de globalización con miras a consolidarnos como una nación moderna, con individuos con un nivel de conciencia objetivo sobre su compromiso consigo mismos y con su sociedad, con su herencia histórica y su legado cultural que lo definan y lo particularicen como venezolanos.

El campo educativo debe considerar el conocimiento histórico y el aporte cultural histórico y social, todo esto a través de sus docentes sobre quienes descansa la gran responsabilidad otorgada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deportes (M.E.C.D.) de Venezuela para “*la reconceptualización de la cultura escolar*”. (C.B.N., 1997). Es necesario rescatar el patrimonio cultural como representación visible de la herencia histórica, de la memoria colectiva del pueblo, aunado a esto, también es necesario cambiar el pasado histórico visto como objeto académico y conformado por “*bloques cronológicos, independientes unos de otros... por una visión de la historia como proceso general...*” (Vargas y Sanoja, 1992), y así, darle a la educación un contenido positivo en la formación de la conciencia histórica sobre el pasado, el presente y el futuro de la vida de los venezolanos, por que

*La esencia y problemática de toda acción formativa vienen marcadas y cobran significación en el contexto en que se dan, en situaciones concretas (ambientales, históricas, socio-culturales, políticas, etc.). Los puntos de referencia más importantes para situar las vinculaciones de la acción formativa vienen dados por los espacios cultural, social y personal* (González, A. 1999: 226).

Tenemos además, que la escuela como institución es el suplemento del hogar respecto a la formación del niño y así “*cuando las condiciones familiares del niño no sean favorables, la responsabilidad de la escuela aumenta considerablemente*” (C.B.N., 1997,20), esta tarea la institucionaliza el M.E.C.D. a través de esa institución y, por ende, la operacionaliza el docente. Se espera que sea éste quien logre en el alumno/a entre otros valores:

*el aprecio y valoración a las tradiciones y costumbres de su comunidad, de su región y su país y reconocer la importancia de los personajes históricos que han contribuido al crecimiento y fortalecimiento de nuestra identidad (Ídem: 21).*

Ahora bien, nos preguntamos: ¿si es el docente quien no ha logrado formarse en esos valores podrá entonces transmitirlos? ¿Si carece de identificación con su cultura e historia, puede consolidar una propia identidad personal? ¿Si no tiene conciencia clara de su identidad logra identificación con su profesión? Si carece de una sólida identidad personal-profesional es difícil llegar hasta sus alumnos y formarles sentimientos de pertenencia y de arraigo hacia lo propio.

Entonces no se estaría cumpliendo ninguna misión formativa porque como afirma González Soto: “...es imposible concebir al ser humano desculturizado, o mejor, desconectado de su medio natural, cultural y social;... y una parte del desarrollo de los individuos (normalmente ligado a la cultura en la que ese individuo vive) sólo puede asegurarse desde la intervención escolar...” (1999: 227-228).

Reconocemos entonces, la necesidad de que el docente se considere un sujeto conocedor de sí mismo, se exprese y se asuma parte de una historia. Así, desde su espacio del aula defiende, dirige y potencia una verdadera formación educativa de identidad cultural en los niños/as venezolanos y su identificación como sujetos históricos. (E)

## Bibliografía

- Aranguren, C. (1997). *La enseñanza de la historia en la Escuela Básica*. Mérida: Consejo de Publicaciones Universidad de Los Andes.
- Arreaza, E. (1996). *Redescubriendo el Descubrimiento*. Maracaibo, Venezuela: Astro Data.
- Barroso, M. (1997). *Autoestima del venezolano. Democracia o marginalidad.*, Caracas: Galac.
- Bouché, H. et al. (1998). *Antropología de la educación*. Madrid: Dykinson
- Briceño-Iragorry, M. (1992). *Mensaje sin destino*. Caracas: Monte Ávila.
- Briceño-Iragorry, M. (1998). *Patria Arriba*. Caracas: Monte Ávila.
- Camilleri, C. (1985). *Antropología cultural y educación*. UNESCO, Madrid.
- Costa, J. (1993). *Identidad corporativa*. México: Trillas.
- Essomba, M. (1999). *Construir la escuela intercultural*. Barcelona: GRAÓ.
- Erikson, E. (1974). *Sociedad y adolescencia*. México: Siglo XXI.
- Erikson, E. (1986). *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Hormé.
- Esté, A. (1995). *Educación para la dignidad. El cambio educativo en Venezuela*. Caracas: Tropykos.
- Etkin, J. y Schvarstein, L. (1992). *La identidad de las organizaciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Gimeno, J. (1991). *El currículo: una reflexión sobre la práctica*. Madrid: Morata.
- Gimeno, J. (1998). *Poderes inestables en educación*. Madrid: Morata.
- González, A. (1999). La formación en ámbitos no formales. En Ferreres, V. e Imberón, F. (1999). *Formación y actualización para la función pedagógica*. Madrid: Síntesis.
- Graffe, J. (2 Enero de 2000). El ADN cultural de los venezolanos. *El Nacional*, H6.
- Hernández, T. (27 Agosto de 2000). La libertad de la memoria. *El Nacional*, H3.
- Herrera, F. (1979). *Viajeros de Indias*. Caracas: Monte Ávila.
- Íñiguez, L. (2001). Identidad: de lo personal a lo social. Un recorrido conceptual. En Crespo, E y Soldevilla C. (Eds.) (2001). *La constitución social de la subjetividad*. Madrid: Catarata.
- Janner, G. y Colom, A. (1995). El modelo cultural en la construcción de la antropología de la educación. En Noguera, J. (1995). *Cuestiones de antropología de la educación*. Barcelona: CEAC.
- Klapp, O. (1973). *La identidad. Problema de masas*. México: Pax-México.
- Manila, G. y Colom, A. (1995). El modelo cultural en la construcción de la antropología de la educación. En Noguera, J. (Ed.) (1995). *Cuestiones de antropología de la educación*. Barcelona: CEAC.
- Montero, M. (1987). *Ideología, alienación e identidad nacional*. Caracas: UCV.
- Montero, M. (1990). Autoimagen de los venezolanos: lo positivo y lo negativo. En Riquelme, V. (Edit.). *Nueva Sociedad*, Caracas.
- Montero, L. (1987). *Proyecto docente de formación del profesorado*. Santiago de Compostela: Universidad Santiago de Compostela.
- Nassif, R. (1980). *Teoría de la educación*. Madrid: Kapeluz.
- Noguera, J. (Edit.) (1995). *Cuestiones de antropología en educación*. Barcelona: CEAC.
- Olavarría, J. (10 Septiembre de 2000). Los caminos mágicos de la historia. *El Nacional*, H6.
- Paz, O. (24 Septiembre de 2000). Nacionalismo, patriotismo e historia. *El Nacional*, H6.
- Ribeiro, D. (1997). Mi descubrimiento de América. En *Cuadernos Americanos*. Nº 62. Vol. 2, 11 – 26.
- Rojas, A. (1983). *La Guayana Esequiba te pertenece*. Caracas: Oficina Ministerial de Información y Relaciones.
- Sárkány, M. (1992). Modernización, pluralismo cultural e identidad: el enfoque de la antropología cultural. En *Perspectivas*. Vol. XXII Nº1, 21 – 30.
- Uslar, A. (1992). *Medio milenio de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila.
- Vargas, I. y Sanoja, M. (1993). *Historia, identidad y poder*. Caracas: Tropykos.
- Villegas, J. (1992). *América y el V centenario*. San Cristóbal.
- Documentos oficiales:**  
 Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. 1999. Caracas  
 M.E.C.D. (1997). Currículo Básico Nacional. Caracas.
- Material electrónico:** [http://www.unesco.org/culture/development/html\\_sp/index](http://www.unesco.org/culture/development/html_sp/index) (Nov.2000)